

Mar Evangelio del día

8
Sep
2020

Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Natividad de Nuestra Señora (8 de Septiembre)

“No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Miqueas 5, 1-4a

Esto dice el Señor:

«Y tú, Belén Efratá,
pequeña entre los clanes de Judá,
de ti voy a sacar
al que ha de gobernar Israel;
sus orígenes son de antaño,
de tiempos inmemoriales.
Por eso, los entregaré
hasta que dé a luz la que debe dar a luz,
el resto de sus hermanos volverá
junto con los hijos de Israel.
Se mantendrá firme, pastoreará
con la fuerza del Señor,
con el dominio del nombre del Señor, su Dios;
se instalarán, ya que el Señor se hará grande
hasta el confín de la tierra.
Él mismo será la paz».

Salmo de hoy

Sal 12, 6ab. 6cd R/. Desborde de gozo con el Señor

Porque yo confío en tu misericordia:
mi alma gozará con tu salvación. R/.

Y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 1, 18-23

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:
«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».
Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta:
«Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”».

Reflexión del Evangelio de hoy

Las primicias de la salvación por la maternidad de María

La oración colecta de esta festividad nos sitúa en el centro mismo de la misión de María: las primicias de la salvación son recibidas por medio de la maternidad divina de María. El don de la gracia que suplicamos se nos conceda está en relación con el Verbo hecho carne, por el cual somos redimidos. La celebración de la natividad de María, es motivo de alegría y “aumento de paz.”

Tres nacimientos celebra la Iglesia: la natividad de Juan el Bautista. Natividad de María. Natividad de Jesucristo. Juan señala, María entrega, Jesús revela y realiza el designio del Padre en favor de la humanidad. Por este motivo nos alegramos al recordar el nacimiento de la Virgen. Todas las celebraciones marianas que remiten al Misterio de la Redención, encuentra su razón de ser en la Maternidad virginal de María. Por eso festejamos su Concepción y su Nacimiento. Igualmente, como celebramos la Encarnación del Verbo y su Natividad.

Belén de Éfrata, pequeña entre las aldeas de Judá

Parece que la pequeñez, la debilidad, lo que no cuenta, adquiere protagonismo en los planes de Dios. No va a ser Jerusalén sino Belén la que se convierta en el lugar del que saldrá el jefe de Israel. María va a ensalzar a Dios porque ha mirado la humildad de su esclava. A través de lo pequeño, Dios realiza las obras grandes ordenadas a la regeneración del ser humano y de toda la creación. Jesús lo señalará en sus parábolas tratando del Reino: el grano de mostaza, un poco de levadura, la semilla sembrada en el campo. Toda la fuerza de Dios manifestada en la debilidad. De Juan el Bautista, al tiempo de su nacimiento, la gente se preguntaba: ¿qué va a ser este niño? De María, nadie se pregunta qué será esta niña, pero ella canta proféticamente: “desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su Nombre es Santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.” De Jesús dirán sus convecinos: ¿De dónde saca esta sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero?

El profeta señala: “los entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel.” El acontecimiento de la maternidad divina de María enfoca el objetivo de la misión de Jesucristo: reunir a los hijos de Dios dispersos. Y a esta tarea son convocados todos los bautizados.

Termina este hermoso pasaje: “En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios.” Bueno es recordar la figura del Buen Pastor de la que habla Jesús para reconocer en él cumplida esta profecía. Pues con la fuerza del Espíritu que descendió sobre él en el Jordán, se coloca al frente del pueblo de Dios para conducirlo a la plena posesión del Reino.

Ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo

Precede a este pasaje del Evangelio la genealogía de Jesucristo. El autor sagrado señala con ella a los ascendientes de Jesús. Desde Abrahán hasta José, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

Describe el evangelista la situación: “María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.” La situación está enlazada con el final de la genealogía. Si en la sucesión se prima la generación padre-hijo, al llegar a José, se hace referencia a María de la cual nace Jesús. El centro de atención pasa, del padre a la madre. Y eso tiene que ser resaltado explicando el modo de la generación humana del Verbo.

Nos encontramos ante la figura de un hombre justo: José. Le toca enfrentar una situación muy complicada. Humanamente hablando, la reacción de José, revela la lucha interior de alguien que sopesa el alcance de su determinación: denunciar a María por infidelidad o retirarse, quedando como una persona que no asume su responsabilidad. Por ser justo, es decir, un hombre bueno, determina hacer caer sobre sí el juicio de sus vecinos. Protege a María, que en todo caso será vista y compadecida como abandonada. Una lección que ilumina el modo de proceder del bautizado. Ponerse en el lugar del otro.

No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer

Dios nunca atropella al ser humano cuando desea contar con él para su plan de salvación. Del mismo modo que Lucas nos presenta el diálogo de Gabriel con María, donde se pide el consentimiento para que la generación humana del Verbo tenga lugar, así ocurre con José, se le da una explicación y se le pide su colaboración: “José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.”

Nos encontramos no solo con un hombre bueno, sino con un verdadero creyente. Un hombre que sabe escuchar, que atiende lo que se le dice y responde asumiendo la misión de acompañar al Hijo de Dios en su proceso de madurez humana y también en su comportamiento como creyente.

En un hogar creyente Jesús crece en estatura, sabiduría y gracia, ante Dios y los hombres. María y José son eso, creyentes a carta cabal. Puestos en las manos de Dios y confiando en Él para llevar a feliz término la misión encomendada.

Celebrar la natividad de la Virgen María nos sitúa ante la figura de la Madre del Señor, para aprender a estar disponibles para acoger y aceptar lo que Dios tiene reservado a cada uno, asumiendo con todas las consecuencias, la colaboración con la obra de la salvación.

¿Qué significado tiene en nuestra vida la figura de María, la Madre del Señor y de la Iglesia?

¿Hasta qué punto comprometemos toda la existencia con el plan de Dios en favor de toda la humanidad?



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Natividad de Nuestra Señora

La Iglesia celebra hoy la Natividad de la gloriosa Virgen María, cuya vida incomparable ilumina toda la Iglesia. Natividad de Santa María Virgen, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Judá, del real linaje de David... Llamada apremiante a sumarnos al gozo de la fiesta. Con alma y corazón cantamos la gloria de Cristo en esta sagrada solemnidad de la excelsa Madre de Dios, María, a nuestros hermanos de todo el mundo y, siguiendo la liturgia, contemplemos a María brillando en la Iglesia e invitándonos a confiar en su poderosa intercesión ante Dios.

Alegría, confianza, ofrecimiento

Tres sentimientos llenan hoy nuestro corazón: Tres sentimientos que llenan de amor el alma de un creyente al contemplar el nacimiento de María. Fiesta de familia... Hay que acercarse a felicitarla, y... a felicitarnos todos con ella. Es día de regocijo íntimo. Los viejos cristianos de Roma, siguiendo la costumbre de sus hermanos primeros cristianos del Oriente, encendían antorchas, marchaban en procesión presididos por el papa, a la iglesia de Santa María la Mayor, mientras cantaban letanías suplicantes rebosando cariño y amor de hijos.

«Tu natividad, Virgen Madre de Dios, es anuncio de gozo para el universo mundo», canta la Iglesia. Alegría ecuménica, universal. Gozo para la tierra. Nuestra redención alborea. Pronto nacerá el Salvador. Clarea el día. Ha pasado la noche del pecado. Amanece... Una Virgen nace con promesa infalible de redención y vida para el mundo. «Dichosa eres Santa Virgen María y muy digna de alabanza. De ti ha salido el sol de justicia, Cristo nuestro Dios», corearemos con emoción en el aleluya de la misa. Sí, tú eres la aurora que anuncia el sol: Cristo Jesús derrotará nuestra muerte y nos regalará la vida para siempre.

También se alegran los cielos. Con María, la tierra empezó a parecer hermosa a sus moradores. Dios no tenía dónde fijar su mirada. Tinieblas de pecado envolvían al mundo. Pero ahora brilla una estrella luminosa. Es María recién nacida. Un alma enteramente intacta, limpia, inmaculada... Y la mirada de las tres divinas personas se complace por primera vez al mirar la tierra. Momento inefable. Algo insólito. La fragancia de una ofrenda, el sacrificio de un corazón enamorado de Dios, subía por primera vez desde el mundo. Padre, Hijo, Espíritu Santo, con amor indecible, contemplan y miran a esa niña, bendita ya entre todas las mujeres... Y se deleitan y extasían... Me enseñan a mirarla, a quererla, a gozarme de su nacimiento, que me anuncia una vida nueva que nunca pasará. Jesucristo, vida divina, que se encerrará en sus entrañas purísimas para nacer un día en este valle de lágrimas. Al salir de su seno virginal «no marchitó la integridad de su madre, sino que la santificó», proclama la Iglesia en la liturgia de esta fiesta.

El día en que le impusieron el escapulario, decía un militante obrero francés: «No sé cómo explicar la alegría que siento al verme por completo bajo la protección de María». ¡Qué seguridad para un bautizado sentirse por entero bajo el cariño de la Virgen! Nace en ese sacramento para ser hermano de Cristo, Primogénito de una multitud de hermanos (Rom 8, 29), y ser hijo de la Virgen. Es el gozo que sintió Dante al llegar al paraíso y detenerse a contemplar a María. «Vi en ella tanta alegría -escribe- que la derramaba a todos los santos espíritus creados para vivir en esas alturas». La liturgia nos invita a saltar de júbilo. «Se alegre tu Iglesia, Señor, y se goce en la natividad de la Virgen María, que fue para el mundo esperanza y aurora de salvación». (orac. com.).

La Iglesia contempla gozosa a la Virgen

Felicidad y gozo en «olvido deleitoso de sí y de todas cosas» (Juan de la Cruz). ¡Madre querida! Quiero imitarte en el aniversario de tu nacimiento. Nacer para Dios. Vivir sólo para el amor. Me faltan fuerzas para desaparecer, ocultarme en olvido perfecto de gustos, criterios, afectos. Tú me lo alcanzarás. Quiero encontrarme contigo, quiero abrazarte en este día.

La mirada de Dios Padre descansa amorosa en esa niña que acaba de nacer. Enamoraba su corazón de Padre. ¡Le deleita tanto mirarla...! No dejará de hacerlo ni un instante, hasta que se la lleve con él... ¡Le gustaba tanto todo lo que hacía! Escudriñaba, sobre todo, el amor que ardía en su corazón inmaculado. El deseo de agradarle siempre y de complacerle en los más insignificantes detalles...

Ella va a ser esposa y madre del Verbo. Virgen de vírgenes, será para todos modelo de intimidad con Cristo, de fidelidad al esposo querido. «La Iglesia contempla gozosa a la Virgen como purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser», enseña el Vaticano II en la constitución de la Sagrada Liturgia.

La Iglesia pide a Dios en la oración colecta de hoy:

«Concede, Señor, a tus hijos el don de tu gracia. Así, cuantos recibimos las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María, conseguiremos aumento de paz en la fiesta de su natividad».

Aumento de serenidad que nos haga gozar de intimidad en dulce coloquio con ella y nos haga olvidar lo caduco. El amor hacia ella nos llevará a prescindir de todo. «Tu carta me llegó -escribía San Bernardo a su amigo Guillermo de Saint-Thierry- en la mañana de la Natividad de la Virgen. Pero el amor que siento por ella me absorbió de tal forma, que no me dejó lugar a pensar en otra cosa». Este día glorioso está lleno de María. Y también llena la Virgen la vida de sus hijos.

Tomás Morales, S.J.